

Iglesia y diálogo

Dialogar resulta difícil cuando estamos cerrados al otro, cuando tenemos prejuicios arraigados, cuando nuestras ideas o las del interlocutor no son claras, cuando tenemos miedo a “perder”, cuando falta tacto en el modo de exponer el propio punto de vista, cuando no entendemos la situación de uno mismo o la del otro, o por otros factores que son parte de la compleja y variable experiencia humana.

Por eso hay tantos diálogos que parecen simplemente monólogos paralelos, o que desembocan en situaciones de tensión, de rabia, de ruptura, y que se convierten en fracasos que hacen casi imposible volver a construir puentes abiertos a la escucha.

Algunos obstáculos se pueden superar cuando las partes toman el compromiso de iniciar un camino sereno, honesto, para aclarar las propias ideas y entender al otro, al mismo tiempo que adoptan actitudes de acogida y de respeto.

Aprender a dialogar es todo un reto en un mundo en el que conviven tantos puntos de vista y tantos aspectos que merecen ser tenidos en cuenta.

La Iglesia católica, que nace como fruto del diálogo entre Dios y el hombre, especialmente a través del Hijo encarnado, nos invita y nos enseña a promover ese diálogo que une, que abre los corazones, que permite avanzar hacia la verdad completa.

A lo largo de su historia, la Iglesia ha ofrecido ideas y consejos que sirvan para mejorar el diálogo. Como un pequeño botón de muestra, podemos recordar cuatro textos de épocas diversas en los que se ofrecen pautas importantes a la hora de dialogar, sobre todo cuando se confrontan opiniones diferentes o, incluso, contrapuestas.

El primer texto viene del Concilio de Trento. En un documento de la sesión segunda (7 de enero de 1546), se invitaba a los participantes a evitar aquellos comportamientos que llevan a perder la serenidad del alma. Así, podemos leer:

Respecto del modo con que se han de exponer los dictámenes, luego que los sacerdotes del Señor estén sentados en el lugar de bendición, según el estatuto del concilio Toledano, ninguno pueda meter ruido con voces desentonadas, ni perturbar tumultuariamente, ni tampoco altercar con disputas falsas, vanas u obstinadas; sino que todo lo que expongan, de tal modo se tempere y suavice al pronunciarlo, que ni se ofendan los oyentes, ni se pierda la rectitud del juicio con la perturbación del ánimo.

El segundo texto se encuentra en la primera encíclica de Benedicto XV, titulada *Ad beatissimi apostolorum principis cathedram*. Fue publicada el 1 de noviembre de 1914, pocos meses después del inicio de la Primera Guerra Mundial.

En el número 15, el Papa hablaba de la unión y la concordia entre los cristianos. Tras pedir que cesasen aquellas disensiones y discordias entre católicos que alegraban a los enemigos de la Iglesia y que debilitaban a los creyentes, Benedicto XV recordaba dos niveles de argumentos. El primero, explicado por el Magisterio de la Iglesia, sobre el que basta con escuchar y obedecer. El segundo alude al campo de los temas opinables sobre los que la Iglesia no ofrece un dictamen definitivo. En este segundo nivel, ¿cómo disputar? Según el texto, con estos criterios:

Mas en aquellas cosas sobre las cuales, salvo la fe y la disciplina, no habiendo emitido su juicio la Sede Apostólica, se puede disputar por ambas partes, a todos es lícito manifestar y defender lo que opinan. Pero en estas disputas húyase de toda intemperancia de lenguaje que pueda causar grave ofensa a la caridad; cada uno defienda su opinión con libertad, pero con moderación, y no crea serle lícito acusar a los contrarios, solo por esta causa, de fe sospechosa o de falta de disciplina.

El tercer texto llega de la pluma del Papa Pablo VI. En su primera encíclica como obispo de Roma, *Ecclesiam suam*, firmada el 6 de agosto de 1964 (durante los años del Concilio Vaticano II), dedica una amplia sección al tema del diálogo (nn. 27-45).

Uno de esos números, el n. 31, recuerda las características del diálogo: claridad, mansedumbre, confianza y prudencia. Siempre resulta provechoso evocar cómo eran presentadas por el Papa Montini.

La primera característica es la claridad: el diálogo supone y exige la inteligibilidad: es un intercambio de pensamiento, es una invitación al ejercicio de las facultades superiores del hombre». Por eso, seguía el Papa, valdría la pena revisar las formas del propio lenguaje, «viendo si es comprensible, si es popular, si es selecto».

La segunda característica sería la afabilidad (o mansedumbre),

la que Cristo nos exhortó a aprender de Él mismo: «Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,29); el diálogo no es orgulloso, no es hiriente, no es ofensivo. Su autoridad es intrínseca por la verdad que expone, por la caridad que difunde, por el ejemplo que propone; no es un mandato ni una imposición. Es pacífico, evita los modos violentos, es paciente, es generoso.

La tercera característica radica en la confianza, «tanto en el valor de la propia palabra como en la disposición para acogerla por parte del interlocutor; promueve la familiaridad y la amistad; entrelaza los espíritus por una mutua adhesión a un Bien, que excluye todo fin egoístico». Un sinfín de incomprensiones se superan cuando nos colocamos en esta dimensión de la confianza y acogida mutua, cuando recordamos, como se subraya un poco más adelante en la misma *Ecclesiam suam* (n. 33) que «el clima del diálogo es la amistad».

La cuarta y última característica mencionada por Pablo VI en el n. 31 es

la prudencia pedagógica, que tiene muy en cuenta las condiciones psicológicas y morales del que oye: si es un niño, si es una persona ruda, si no está preparada, si es desconfiada, hostil; y si se esfuerza por conocer su sensibilidad y por adaptarse razonablemente y modificar las formas de la propia presentación para no serle molesto e incomprensible.

El cuarto texto proviene del Papa Francisco en su reciente encíclica *Fratelli tutti* (publicada el 3 de octubre de 2020). Ya anteriormente Francisco había elaborado numerosas reflexiones sobre el diálogo y sobre la *cultura del encuentro*.

En *Fratelli tutti* dedica todo un capítulo (el sexto) sobre este tema. Su título es «Diálogo y amistad social», y se extiende a lo largo de 27 números (nn. 198-224). Ya desde el inicio de ese capítulo, el Papa ofrece unas primeras reflexiones de especial valor:

Acercarse, expresarse, escucharse, mirarse, conocerse, tratar de comprenderse, buscar puntos de contacto, todo eso se resume en el verbo dialogar. Para encontrarnos y ayudarnos mutuamente necesitamos dialogar. No hace falta decir para qué sirve el diálogo. Me basta pensar qué sería el mundo sin ese diálogo paciente de tantas personas generosas que han mantenido unidas a familias y a comunidades. El diálogo persistente y corajudo no es noticia como los desencuentros y los conflictos, pero ayuda discretamente al mundo a vivir mejor, mucho más de lo que podamos darnos cuenta (n. 198).

Tras analizar algunos ámbitos que permiten establecer encuentros (y desencuentros) en el mundo contemporáneo, y con la mirada en fenómenos

que se desarrollan sobre todo gracias a Internet, Francisco dedica un importante párrafo a un punto clave a la hora de construir verdaderos diálogos: el respeto.

El auténtico diálogo social supone la capacidad de respetar el punto de vista del otro aceptando la posibilidad de que encierre algunas convicciones o intereses legítimos. Desde su identidad, el otro tiene algo para aportar, y es deseable que profundice y exponga su propia posición para que el debate público sea más completo todavía. Es cierto que cuando una persona o un grupo es coherente con lo que piensa, adhiere firmemente a valores y convicciones, y desarrolla un pensamiento, eso de un modo o de otro beneficiará a la sociedad. Pero esto solo ocurre realmente en la medida en que dicho desarrollo se realice en diálogo y apertura a los otros. Porque en un verdadero espíritu de diálogo se alimenta la capacidad de comprender el sentido de lo que el otro dice y hace, aunque uno no pueda asumirlo como una convicción propia. Así se vuelve posible ser sinceros, no disimular lo que creemos, sin dejar de conversar, de buscar puntos de contacto, y sobre todo de trabajar y luchar juntos (n. 203).

Respetar las posiciones de otros no implica aceptar el relativismo como presupuesto para el diálogo, como subraya el Papa en el n. 206 de la misma encíclica. Por eso resulta importante reconocer que la verdad entra en juego en todo diálogo bien llevado, lo cual ayuda a construir una vida comunitaria sana.

Si algo es siempre conveniente para el buen funcionamiento de la sociedad, ¿no es porque detrás de eso hay una verdad permanente, que la inteligencia puede captar? En la realidad misma del ser humano y de la sociedad, en su naturaleza íntima, hay una serie de estructuras básicas que sostienen su desarrollo y su supervivencia. De allí se derivan determinadas exigencias que pueden ser descubiertas gracias al diálogo, si bien no son estrictamente fabricadas por el consenso. El hecho de que ciertas normas sean indispensables para la misma vida social es un indicio externo de que son algo bueno en sí mismo. Por consiguiente, no es necesario contraponer la conveniencia social, el consenso y la realidad de una verdad objetiva. Estas tres pueden unirse armoniosamente cuando, a través del diálogo, las personas se atreven a llegar hasta el fondo de una cuestión (n. 212).

La Iglesia, que surge desde el Amor de Dios hacia los hombres, y que promueve el amor universal y la fraternidad auténtica, desarrolla hoy, como en toda su historia, un diálogo fecundo y rico. Nos lo recuerdan los cuatro documentos aquí sintetizados, y podrían citarse muchos otros que corroboran la misma idea.

Desde diálogos bien llevados resulta posible abrirnos a la verdad del Evangelio, una verdad que nos lleva a reconocer que somos hijos del Padre que está en los cielos y, así, también hermanos y miembros de la misma familia humana.

Como nos expone el magisterio católico, construir un buen diálogo exige esfuerzo y atención, disciplina y respeto, temperancia y suavidad. Son consejos que vienen de la Iglesia y que valen para cualquier sociedad. Son caminos que ayudan a avanzar en el intercambio de ideas hacia una de las metas que más anhelamos como seres humanos: la verdad.

La experiencia de la vida y la complejidad de los corazones nos descubre que no siempre estas características bastan para entablar buenos diálogos. Existen, por desgracia, muchas situaciones en las que uno no está en condiciones de dialogar o el otro no consigue abrirse a la escucha.

Pero más allá de las dificultades, si existe un amor sincero hacia el otro, un auténtico espíritu de conversión, y una apertura cordial a las luces del Espíritu Santo, será posible mejorar nuestros diálogos. Entonces sabremos pedir perdón cuando hayamos faltado a la verdad y al respeto que el otro merece, y reemprenderemos una y otra vez diálogos que permitan unirnos para avanzar en el camino que nos lleva, poco a poco, al encuentro con la Verdad completa, que coincide con una Persona: Jesucristo.

Ecclesia*

* Este editorial ha sido preparado por el P. Fernando Pascual, L.C., profesor de filosofía del Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum* y director de *Ecclesia*.